

Históricas Digital

Antonio de Ciudad Real

“De cómo el padre comisario entró en el obispado de Guaxaca, y prosiguió por él su camino”

p. 46-52

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



veces y siete arroyos y luego otro río, llegó muy cansado y fatigado a la dicha estancia llamada el Potrero, que cae en el obispado de Guatemala, en la cual unos negros estancieros le hicieron caridad; allí comió y descansó la siesta.

[CAPÍTULO LXIV]

*De cómo el padre comisario entró en el obispado de Guaxaca
y prosiguió por él su camino*

A las dos de la tarde, el mismo día catorce de septiembre, salió el padre comisario de aquella estancia, y pasados dos riachuelos y dos o tres arroyos, de que se hace un buen río, y andadas dos largas leguas de camino llano por unas dehesas en que se apacienta mucho ganado mayor, llegó a la venta de Gironda, del obispado de Guatemala, junto a la cual pasa el río sobredicho. Pasó de largo y andada media legua en que hay algunas cieneguillas, llegó como a las cinco de la tarde a una estancia de un español llamado Amézquita, la cual cae en el obispado de Guatemala; descansó allí aquella noche, y un negro mayordomo de la estancia mató luego un cabrito y le dio de cenar y hizo mucha caridad. Mosquitos no faltaron aquella noche, pero faltaron camas en que dormir; suplió el suelo esta falta.

Lunes quince de septiembre, salió el padre comisario de aquella estancia, y pasado allí junto un arroyo que en verano no lleva agua ninguna, y andadas tres leguas y media en que se pasan muchas ciénagas y algunos malos pasos, y otro arroyo, y últimamente un río, llegó poco después de salido el sol a un bonito pueblo llamado Tlapanaltepec, del mismo obispado de Guaxaca y de los mismos indios zoques o mixes, visita de dominicos, por el cual a la ida de Guatemala había pasado, y estado en él parte de una noche; detúvose allí como una hora, y tomada una guía prosiguió su viaje, y dejado el camino que a la ida había llevado a la banda del sur, por causa de las ciénagas y de los muchos ríos que ya van por allí con demasiada agua, especial en aquel tiempo de invierno, tomó otro que se anda en aquel tiempo más arrimado a la sierra, y que va por lugares más altos, y andadas dos leguas y pasados cinco arroyos y algunos malos pasos de cienaguillas llegó a las diez del día a otro poblecillo de los mismos indios, obispado y visita llamado Tonaltepec o Tonaltepequillo; allí comió y descansó la siesta que fue muy calurosa y no menos penosa por

los muchos mosquitos que acudieron, los cuales eran de una casta particular, mala y perversa, que a cada picada parece que querían chupar toda la sangre y sacar la vida. Aquel mismo día a las dos de la tarde por aprovecharse de la ocasión del tiempo, que parece había ya asentado, salió el padre comisario de aquel lugar y andadas tres leguas largas y pasadas en ellas diez arroyos y un río, y algunos malos reventones, llegó antes que el sol se pusiese a otro pueblo razonable de los mismos indios, obispado y visita llamado Tzanotepec, donde se le hizo mucha caridad y regalo, aunque los mosquitos hicieron de las suyas, que sin piedad ninguna le atormentaban; llegada la noche se fueron a sus casas, mas con todo esto no pudo el padre comisario sosegar, porque estuvo muy achacoso del demasiado sol de aquel día.

Martes diez y seis de septiembre salió el padre comisario de aquel lugar ya de día claro, así por haber estado indispuerto, como por haber allí junto a el pueblo un bellaco río que pasar, y no era acertado pasarle de noche; pasóle por el vado muy bien guiándole un indio de a caballo. Poco más adelante pasó otro no tan grande y después dos arroyos, y finalmente llegó a otro río grande y caudaloso, que pasa como un tiro de arcabuz antes de llegar a un lugar llamado Oztutla, de los mismos indios, obispado y visita, dos leguas de Tzanotepec. Acudieron luego los indios del pueblo y pasaron las bestias a nado, y al padre comisario y a sus frailes en una canoa, tan pequeña, que no cabían en ella más de dos personas y el indio que la guiaba, y llegados a Oztutla le dieron los indios otro indio de a caballo que le guiase y una gallina que comiese; agradecióselo el padre comisario y pasó adelante, y andadas cuatro leguas en que se pasan doce arroyos y un río, llegó entre las once y las doce del día a otro lugar que está junto al mismo río de los mismos indios, obispado y visita llamado Nectepec, tan cansado y fatigado del recio sol que había hecho, que fue menester detenerse y desecansar allí todo el día, y por no haber recado de camas pasó muy mal aquella noche; ofreciéronle los indios alguna fruta, con la cual y con la gallina que en el otro pueblo le habían dado comió con sus compañeros.

Miércoles diez y siete de septiembre salió el padre comisario tan de madrugada de Nectepec, que antes que el sol saliese tenía andadas cuatro leguas y estaba en un pueblo pequeño llamado Tiloztoque, de los mismos indios, obispado y visita, habiendo pasado en aquel espacio de camino un arroyo y dos ríos, el último dellos muy hondo y en que se mojó las piernas; descansó un rato en aquel pueblo, diéronle una guía en lugar de la que hasta allí había llevado, y volvió a su tarea, y andada legua y media pasó por junto a una estancia que llaman de la Ventosa o del Marqués, y andada otra legua pasó por muy cerca de otra estancia llamada

Tzuquiluapa, y pasado un arroyo junto a esta estancia, y andada otra legua y media, pasado últimamente un río que llevaba alguna pesca, llegó a un buen pueblo de indios zapotecas del mismo obispado de Guaxaca, visita de dominicos, llamado Iztactepec, donde le dieron unos plátanos y como media libra de pececillos, que comió con sus frailes; hizo aquella mañana un viento norte, tan recio y deshecho que casi sacaba las bestias del camino y a los que en ellas iban de las sillas. Aquella tarde salió el padre comisario de Iztactepec a hora de las cuatro, y andadas dos leguas y pasados tres arroyos, llegó al ponerse el sol a otro bonito pueblo de los mismos indios zapotecas y del mismo obispado y visita llamado Comitlán, donde se le hizo mucha caridad; diéronle para colación aguacates, que los hay por allí muchos y muy buenos, que es tierra caliente, y descansó en aquel pueblo aquella noche.

Jueves diez y ocho de septiembre salió muy de madrugada de Comitlán el padre comisario, y andadas tres leguas de camino llano, llegó antes que el sol saliese, a Mistiquilla, pueblo de los mismos indios, obispado y visita, en el cual había estado a la ida, jueves sancto antes que amaneciese; descansó en Mistiquilla como media hora, y luego volvió a su viaje con un indio que le dieron por guía, y andadas cinco leguas largas, pasados en ellas dos arroyuelos, llegó al río de Xalapa, que por otro nombre se dice de Tehuacantepec; acudieron luego algunos indios y enseñáronle el vado, por el cual le pasó con harto trabajo y peligro; daba el agua a los bastos y iba delante un indio que llevaba del cabestro la cabalgadura, y de la misma manera pasaron sus compañeros. Pasado aquel río que es muy ancho, y otro brazo del mismo, y más adelante un arroyo, llegó el padre comisario a más de medio día, muy cansado y quebrantado, al pueblo de Xalapa (que está un tiro de arcabuz del río sobredicho), de los mismos indios, y del mismo obispado, y fuese al convento de Santo Domingo, el cual es hecho de cal y canto, de aposentos bajos y de bóveda, en que residen cuatro religiosos, los cuales le recibieron muy bien y le hicieron mucha caridad y regalo; es pueblo aquél de mediana vecindad y caluroso, y tiene el convento una bonita huerta; descansó en él el padre comisario todo aquel día.

Viernes diez y nueve de septiembre salió de Xalapa, una hora antes del día, y dejando el camino que va a dar a Tequizitlán, por no pasar dos veces otro río grande y peligroso llamado de Tequizitlán, tomó otro camino que va por lo alto, por muchas cuestras, barrancas y quebradas, y pasado un arroyo y andadas cinco leguas sin tocar en el río sobredicho, llegó a un rancho, una legua más adelante de Tequizitlán. Allí comió con sus compañeros unos huevos que le habían dado en Xalapa, y descansó hasta la tarde, aunque poco, por la persecución grande de los mosqui-

tos. A las tres de la tarde salió de aquel rancho, y andadas cuatro leguas de muy mal camino de cuestras arriba, en que se pasan muchas barrancas y doce arroyos, llegó muy de noche a otro rancho pequeño y de mala suerte, en el cual hizo colación y descansó y durmió un poco en el suelo que sirve de cama, el manto por colchón y frazada, y el sombrero por almohada; también hubo allí persecución de mosquitos, y no pequeña. En este mismo asiento descansó el padre comisario, cuando iba a Guatemala, el miércoles santo antes que amaneciese.

Sábado veinte de septiembre partió de aquel rancho el padre comisario, una hora antes del día, y pasado un arroyo dos veces y andada una legua de cuesta abajo, llegó al Río Hondo, que a la sazón traía agua en cantidad, de lo mucho que había llovido, y pasóle bajada aquella mala cuesta. A la ida no llevaba agua ninguna aquel río, ni aun una sola gota, porque entonces era verano y tiempo de seca, y asimesmo iban otros en aquel camino que o no llevaban agua o si la llevaban era poca, y a la vuelta como era invierno iban tan crecidos que se tenía trabajo en pasarlos. Pasado el Río Hondo prosiguió el padre comisario su viaje por el mismo camino que a la ida había llevado, y pasadas muchas sierras, cuestras y quebradas, y algunos arroyos, llegó al pueblo pequeño llamado San Juan, cuatro leguas del dicho Río Hondo, donde a la ida había estado el martes santo; llegó muy cansado y desmayado, hubo muy ruin recado para remediar esta necesidad y detúvose allí hasta la tarde. A las tres de la tarde partió de aquel pueblecillo y andadas tres leguas, una de cuesta arriba por la ladera de una quebrada y dos de cuesta abajo, y pasados dos arroyos, el primero cinco o seis veces y el segundo dos, llegó una hora de noche al pueblo de Nexapa y fuese a posar al convento de Santo Domingo donde se le hizo mucha caridad. Dijo misa a otro día, que fue domingo, y detúvose allí hasta después de comer. Es aquel pueblo de mediana vecindad de indios zapotecas, del obispado de Guaxaca; moran con ellos treinta españoles, los cuales eligen cada año sus alcaldes y tiene nombre de villa, en la cual y en toda su comarca hay un alcalde mayor proveído de México. Está aquel pueblo fundado en un valle muy caluroso y no lejos dél se coge mucho y buen trigo de Castilla.

El mismo domingo en la tarde, veintiuno de septiembre, partió el padre comisario de Nexapa después de comer, y andadas siete leguas no muy largas, aunque de camino muy malo, el mismo que a la ida había llevado y andado lunes santo en la noche, llegó muy de noche al poblecito llamado San Miguel, junto al Río de las Vueltas, donde fue muy bien recibido con música de trompetas y campanas y se le hizo mucha caridad.

Lunes veintidós de septiembre salió de día claro el padre comisario de aquel pueblo, y junto a las mismas casas pasó por el vado, aunque iba

hondo, porque no había otro paso, el río sobredicho de las Vueltas o de San Miguel. Este mismo pasó el padre comisario a la ida treinta y seis veces, porque entonces era verano, y no llevaba agua demasiada, pero a la vuelta llevaba mucha y fuera temeridad muy grande quererle pasar otras tantas, y no se pudiera salir con ello, y así echó por el camino de las laderas de los montes que están a la banda del norte, cerca del mismo río. Es aquel camino muy áspero, malo y peligroso, todo es subir y bajar por unas vereditas muy angostas hechas en la viva peña, que a la banda del río tienen muchas y muy grandes oportunidades, que a descuidarse tático y dar la cabalgadura un traspies o algún vaivén hacia aquella parte, sin remedio ninguno se despeñaría. Por este camino anduvo el padre comisario casi dos leguas, y pasando por el pueblo llamado San Juan, por donde a la ida había pasado lunes santo por la mañana, y andadas otras dos leguas de mejor camino, llegó al pueblo de Totolapa, donde se le hizo muy buen recibimiento con música de trompetas, y le dio de comer el encomendero del pueblo. Aquel mismo día a las dos de la tarde partió el padre comisario de Totolapa, y andadas cuatro leguas por el mismo camino que a la ida, con un sol muy recio y un calor excesivo, llegó antes que anocheciera al pueblo de San Dionisio, en el cual había tenido a la ida el domingo de ramos; hicieronle los indios mucha caridad y descansó allí aquella noche.

Martes veintitrés de septiembre salió el padre comisario de aquel pueblo un poco de madrugada, y pasado el pueblo de San Lucas, y el de San Juan, y algunos arroyos, y andadas cinco leguas, llegó antes de hora de comer a Tlacuchahuaya al convento de Santo Domingo, donde se le hizo tanta caridad y regalo como a la ida y con la misma devoción y amor. Hay por aquella tierra y por otras algunas de la Nueva España, unos árboles espinosos que los españoles llaman órganos, porque tienen forma y traza dellos; no llevan hoja, sino una frutilla redonda, que cuando madura es colorada y razonable de comer, a la cual llaman los mismos españoles pitahaya. Aquel mismo día salió de aquel lugar el padre comisario a la una de la tarde, y andadas tres leguas de camino llano, con un sol recísimo y pasados los arroyos que a la ida, llegó temprano a la cibdad de Guaxaca y posó en el convento de Santo Domingo donde, así como a la ida, le hicieron mucha caridad y regalo; detúvose allí hasta otro día después de comer.

Miércoles veinticuatro de septiembre salió de Guaxaca el padre comisario a las dos de la tarde, y tomando un camino por el cual le dijeron que se atajaba una legua, llegó a un río que iba de avenida, y como no hay atajo sin trabajo entró delante uno que le guiaba, y antes que anduviese cuatro pasos se le hundió la bestia en que iba en el arena, y cayó con él;

mojóse el pobre y aun estuvo un buen rato que no podía salir della, ni ella levantarse, porque la corriente del agua no les daba lugar, pero al fin salieron entrambos sin otro daño más de haberse muy bien mojado. Viendo esto el padre comisario y escarmentado en cabeza ajena, dejó aquel camino y volvió al real que a la ida había llevado, y andadas cinco leguas y pasados algunos arroyos, y a la meitad del camino por el pueblo de Etla, llegó al de Cuauhcholotitlán. Posó en el convento de Santo Domingo donde los frailes que allí moraban le dieron de cenar y hicieron mucha caridad.

Veinticinco de septiembre partió de aquel pueblo a las tres de la mañana, y andadas cinco leguas, las cuatro leguas dellas de cuesta arriba, y pasados dos arroyos, el último dellos tres veces, llegó a las nueve de la mañana a la venta de la Cenaguilla. Detúvose allí a descansar y a comer en unas casillas de indios cuyacatecas, donde así como a la ida le hicieron con su pobreza mucha caridad; estaba entonces aquel vallecico muy vistoso y oloroso con la mucha y muy alta yerbabuena y con el mucho y muy vicioso trébol que hay en él, como atrás queda dicho. A medio día salió el padre comisario de aquellas casitas, y andadas seis leguas con grandísimo calor del recio sol que hacía, y pasados en ellas dos ranchos o ventas y muchos arroyos y malos pasos, especial uno que llaman el Salto del Puerco (del cual queda dicho atrás), llegó muy fatigado, cuando el sol se ponía, al pueblo llamado Don Dominguillo, donde a la ida había estado una noche, y hiciéronle los indios mucha caridad y los mosquitos su oficio hasta que anocheció, y después las chinches lo restante de la noche, con que no pudo sosegar.

Viernes veintiséis de septiembre partió el padre comisario a las tres de la mañana de aquel lugar, y dejando el camino de Cuicatlán, que va a dar a Quiotepec por donde a la ida había pasado, porque iba el río muy crecido y no se podía vadear ni pasar sino en balsas, y esto había de ser dos veces, una antes de Cuicatlán y otra de la otra parte de Quiotepec, ambas con notable peligro, tomó otro camino que llaman de las Vueltas, porque son infinitas las que en él se dan, para poder salvar el dicho río e innumerables barrancas muy hondas y peligrosas, y aunque es muy malo y pestilencial, y tal que a no estar seco y enjuto se pasara con dificultad y trabajo, al fin con el favor de Dios le pasó, y pasados en él cuatro arroyos y un río y andadas diez leguas, llegó a la una de la tarde a un pueblecito pequeño llamado Tecomahuac, por el cual había pasado a la ida; iba fatigadísimo de tan larga y tan mala jornada y no halló a nadie en el pueblo, que eran idos los indios a sus milpas, pero sabida su llegada acudieron algunos y le dieron huevos y plátanos que comiese; pero del cansancio de tanto andar subiendo y bajando cuestras, dando vueltas ya al norte ya

al mediodía, ya a oriente ya a poniente, se detuvo el padre comisario; yendo por Cuicatlán y Quiotepec no hay más de nueve leguas.

Allí en aquel pueblo dio por nueva un español al padre comisario general que fray Rodrigo Durán, el custodio de la provincia del Santo Evangelio, y fray Cristóbal Hernández, su compañero, que iban a capítulo general y se habían salido en La Habana del navío en que iba fray Pedro de Zárate, habían dado en manos de franceses y sido muertos por ellos; no lo creyó el padre comisario, más con todo esto les comenzó a decir misas. Después se supo la verdad del caso, y fue que aunque los captivaron y llevaron a Francia, a La Rochela, y les tomaron todo lo que llevaban, no los habían muerto, antes les habían dado libertad y estaban ya en España, como atrás queda dicho.

Aquel mismo día en la tarde, veintiséis de septiembre, poco antes de las cuatro, salió el padre comisario de aquel pueblo, por no haber recado para poderse detener en él aquella noche, y andadas dos leguas llegó a Los Kúes, que por otro nombre se llama Tecolutlán, lugar último del obispado de Guaxaca; fue recibido en él con música de trompetas y campanas y hízosele mucha caridad y detúvose allí aquella noche, y a la mañana partió para Cutzcatlán, como presto se verá. Pero antes de esto será bien decir en este lugar lo que negociaron en México los dos frailes que el padre comisario envió, como queda dicho, desde Guatemala con cartas y recados para el virrey, Audiencia y oidores.

[CAPÍTULO LXV]

De lo que negociaron en México los dos frailes que el padre comisario envió desde Guatemala, y de algunas cosas que pasaron en la provincia del Santo Evangelio

Desde Guatemala despachó, como atrás se dijo, el padre comisario a los doce de agosto dos frailes, que fueron fray Francisco Séllez y fray Francisco de Álvarez, con cartas y recados para el virrey y Audiencia y oidores, en que les pedía favor para hacer su oficio en la provincia de Michoacán, adonde pensaba ir luego a visitarla y tener capítulo provincial y elegir nuevo ministro. Llegaron estos dos frailes a México mediado septiembre, y como luego en entrando en la provincia se supo la causa de su ida y cómo el padre comisario volvía a aquella tierra, turbóse tanto el provincial y todos los de su bando y valía, que no faltó quien comparase esta su